

DESMEMBRAMIENTO DEL ALMA, O SEA,
PSICOANÁLISIS. EN EL CINCUENTENARIO
DE LA MUERTE DE THOMAS MANN.

Luis Montiel

Historia de la medicina. Facultad de Medicina. Universidad Complutense (Madrid).

UN HOMENAJE QUE PRETENDE NO SER BALADÍ.

Thomas Mann murió hace 50 años, exactamente el 12 de agosto de 1955. Es habitual aprovechar este tipo de efemérides para volver sobre la obra de sus protagonistas, aunque el hábito, en la Era Mediática, llegue a provocar náuseas por pura acumulación. En el caso de Thomas Mann es fácil que algo así ocurra en Alemania, no tanto en España, especialmente si se tiene en cuenta que este cincuentenario coincide con el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Para quienes estamos en el secreto —supongo que bastantes, aunque, con todo, una minoría— esto representa una feliz casualidad, pues Thomas Mann escribió en 1934 un bello librito sobre nuestra novela por antonomasia, *Meerfahrt mit Don Quijote —Travesía marítima con Don Quijote—*, en circunstancias excepcionales: cuando se alejaba de Europa, de su natal Alemania embrujada por el nazismo, en busca de unos Estados Unidos que le ofrecían asilo y la esperanza de acabar con Hitler¹. De todos modos creo que no debo privarme de escribir sobre Thomas Mann en esta ocasión por un motivo que, espero, tranquilizará al eventual lector de estas páginas: escribo —y hablo— sobre él y sobre su obra siempre que puedo, de modo que esta nueva incursión en su pensamiento y en su ejemplo no es algo forzado por las mentadas circunstancias, sino más bien un resultado más de lo que, en mi caso, constituye casi un

¹ Hace algo más de un año dediqué una conferencia a esta obrita de mi maestro de vida que, al soaire de los citados fastos, aunque por fortuna en un contexto nada mediático, sino académico, seguramente aparecerá publicada.

hábito. Pero, ¡cuidado! Que nadie malinterprete este término; se trata de un hábito como el de respirar, o como el que los corazones tienen de latir.

Hablaré, pues, de Thomas Mann, después de reconocer del modo en que lo he hecho mi deuda con él, sobre la que no daré detalles. Hablaré en la perspectiva que más puede interesar a los lectores de esta revista, perspectiva que coincide con la que, profesionalmente —es decir, desde una de las facetas más importantes de mi vida personal— me interesa a mí. La perspectiva de la medicina, o más exactamente, la de la salud, lo que la amenaza y lo que la configura. Y espero que el lector, al final, coincida conmigo en la oportunidad de este homenaje.

ENFERMEDAD Y VIDA HUMANA.

Cualquier persona que conozca, aunque sólo sea parcialmente, la obra de Mann sabe de la importancia que la enfermedad tiene en ella. Su obra más conocida, *La montaña mágica* —con permiso de *La muerte en Venecia* desde el estreno de la película de Visconti— es una «novela de enfermos», «sobre la tuberculosis». Pero la enfermedad, física o espiritual, si tal distinción puede aún aceptarse, está por todas partes en su obra, e incluso la enfermedad propiamente dicha se muestra a menudo como el símbolo de un desorden moral de un individuo o de toda su cultura. Y además —y esto es lo que más me importa— no desempeña, aunque pueda parecerlo, el papel de protagonista. Pues en este caso, al contrario de lo que ocurre en el teatro, o en el cine, o en la literatura —pero, entonces, ¿cómo hay que llamar a lo que hace Thomas Mann?— el protagonista no es quien más trabaja, quien más veces aparece en escena, sino alguien que se mantiene entre telones, cuya existencia sólo se llega a sospechar con el paso del tiempo —a veces de mucho tiempo— y que tal vez, para el lector poco atento, llega a pasar inadvertido. Las palabras de la enfermedad y la muerte hablan, en la obra del maestro de Lübeck, de la salud y de la vida, el foco hacia el que convergen todos los rayos, todos los vectores: el lugar del auténtico protagonista del relato, de los relatos de Thomas Mann.

No es preciso salir de *La montaña mágica* para comprobarlo, aunque —insisto en ello— hace falta estar atento. A lo largo de doce años el escritor compone unas mil páginas, en el caso de las ediciones más comunes, en las que da la palabra a la enfermedad; pero en un momento de descubrimiento —para su protagonista Hans Castorp y para el lector— en medio de esta selva de palabras mórbidas brota este aserto inesperado:

«pues por más interés que se experimente hacia la muerte y la enfermedad, no es más que una forma del interés que se experimenta por la vida»².

² MANN, T. (1978), *Der Zauberberg*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, p. 497. Como el lector podrá ver más adelante no es por frivolidad por lo que cito directamente de la edición alemana. A partir de este momento, para simplificar, escribiré la referencia de página a continuación de la cita.

Seguramente éste es uno de los mayores hallazgos de nuestro autor: que la antítesis irreflexivamente aceptada entre salud y enfermedad está mal formulada sin remedio, de modo que no puede dar lugar a ningún razonamiento correcto, pues se parte de que la salud es un dato y la enfermedad un accidente, siendo así que el de salud es un concepto vacío, al menos desde el punto de vista existencial. La salud del animal, o la del ser humano que no ha tenido experiencia alguna de enfermedad —algún que otro niño en edad temprana— tiene tanta presencia en su espíritu como en el de cualquiera la fuerza de gravedad, o aún menos. «Se está sano y se enferma», aparte de tratarse de una frase sólo parcialmente correcta, no dice nada de la salud. Muy distinto es lo que ocurre con definiciones como «la salud es la ausencia de enfermedad» —con permiso de la Organización Mundial de la Salud— o la del cirujano francés René Leriche: «la salud es la vida en silencio de los órganos»³; vida en silencio: como en el animal. La salud sin experiencia de enfermedad, no es más que un hecho físico. Cabría decir —y lo digo— que sólo la salud así entendida debería ser objeto de médicos que concedieran un crédito exclusivo a lo material, supuesto que tales médicos existan. Pues en el momento en que aparece la enfermedad surge también una conciencia más aguda y sutil del cuerpo y de la vida, y ya no es posible, ni siquiera al materialista más empecinado, limitarse a «trabajar» sobre la pura biología.

Según parece, Paul Claudel llamó a los enfermos *los invitados a la atención*⁴; sin duda pensaba al respecto lo mismo que pienso yo ahora, entrenado por años de amorosa lectura de los textos mannikianos. Pero quien de este modo se ve invitado a la atención —y a menudo, más que invitado, forzado— tiene por objeto de su observación a sí mismo y, si a tanto llega, al género humano. Tal es el caso ejemplar de Hans Castorp, el protagonista de *La montaña mágica*, y por obra de la magia del escritor el de millones de lectores que se han visto invitados a la atención respecto de la figura de su personaje, de modo que muchos no hemos necesitado estar enfermos para poder aprovechar tan valiosa experiencia. Simplemente por esto la humanidad debería estarle agradecida en medida incomparable.

Partamos, pues, de este punto, sin perjuicio de tantos otros que podrían escogerse. La enfermedad es un acicate para la reflexión antropológica, moral y filosófica. No puedo dejar de recordar aquí el pensamiento de Novalis, uno de los autores predilectos de Mann, a este respecto⁵. Pero en algún caso —y el de Hans Castorp es uno

³ CANGUILHEM, G. (1990), *La santé. Concept vulgaire & question philosophique*, Toulouse, Sables, p. 10.

⁴ GUSDORF, G. (1993), *Le romantisme, II*, Paris, Payot, p. 281

⁵ «Las enfermedades son ciertamente un objeto de suma importancia para la humanidad, porque son innumerables y porque todo hombre tiene que luchar tanto contra ellas. Nuestro conocimiento del arte de utilizarlas es aún muy imperfecto. Posiblemente constituyen el estímulo y el tema más interesante de nuestra reflexión y de nuestra actividad. No cabe duda de que aquí pueden recogerse infinitos frutos —especialmente, como presumo, en el campo intelectual— y en los de la moral, la religión, y Dios sabe en qué admirables campos (...). Las enfermedades distinguen al hombre de la planta y del animal (...) Cuanto más desampa-

de éstos— la enfermedad es también motivo de reflexión sobre lo social y lo histórico. Ciertamente es que tales reflexiones pertenecen, al menos al principio, al escritor; así, por ejemplo, cuando sostiene, casi al comienzo del relato:

El hombre no vive únicamente su vida personal como individuo, sino que también, consciente o inconscientemente, participa de la de su época y de la de sus contemporáneos (...) El individuo quisiera tener ante sus ojos toda clase de metas, objetivos esperanzas, perspectivas, de los cuales pudiera extraer el impulso para realizar grandes esfuerzos y actividades. Pero cuando lo impersonal que le rodea, cuando la época misma, a pesar de su agitación, está en el fondo desprovista de esperanzas y de perspectivas, cuando se revela ocultamente desesperanzada, sin objetivos y desconcertada; cuando a la pregunta, planteada consciente o inconscientemente, pero planteada de algún modo, acerca de un último sentido, incondicionado, más allá de lo personal, de todo esfuerzo y de toda actividad, responde un silencio vacío, la actividad de un carácter recto quedará inevitablemente paralizada, y esta influencia, más allá del alma y de la moral, se extenderá hasta la parte física y orgánica del individuo (37-38).

Pero muy pronto, aunque de manera aún balbuciente, pensamientos de este género comienzan a ser formulados por el protagonista:

¿Cómo no iba (...) a respetar el trabajo? Esto hubiera ido contra la naturaleza. Las circunstancias debían hacérselo aparecer como una cosa eminentemente respetable. En el fondo no había nada respetable fuera del trabajo; era el principio ante el cual uno se afirmaba o se mostraba insuficiente, era el absoluto de la época. Su respeto hacia el trabajo era de naturaleza religiosa y, hasta donde él podía percibir, indiscutible. Pero otra cuestión era si lo amaba; eso no podía conseguirlo, por profundo que fuese su respeto (38-39).

*DE MIRANDIS MORBORUM AC SANATIONUM CAUSIS*⁶.

Para quienes no hayan leído la novela —personas por las que siento la mayor compasión y a quienes estimo a remediar situación tan triste— diré que tales pensamientos surgen con motivo de sus breves vacaciones de fin de estudios, antes de incorporarse al trabajo de ingeniero naval en un astillero, aprovechadas para visitar a su primo enfermo de tuberculosis, recluido en un sanatorio de alta montaña en los Alpes suizos. Y añadiré que, con banales pretextos y la inestimable ayuda del médico

rado, tanto más sensible es para la moral y la religión». NOVALIS. (1976). *La Enciclopedia*. Ed. de F. Montes. Madrid, Espiral, pp. 259-260.

⁶ Sobre admirables causas de enfermedad y curación. El lector avezado de historia de la medicina habrá probablemente asociado esta frase con el título de la famosa obra «pre-anatomoclínica» de Antonio Benivieni. Tómese como un homenaje a la docencia de mis maestros Pedro Laín y Agustín Albarracín.

jefe, interesado en llenar las habitaciones de su institución, el joven se quedará en el sanatorio durante siete años, supuestamente enfermo o, en el peor de los casos, enfermo leve. El lector se siente tentado a pensar que la causa de su enfermedad es su escasa convicción respecto de las virtudes del trabajo; y no es casual que así sea, porque el *deus ex machina* se ha manifestado como hemos visto desde el primer momento. La vagancia como patología: ¿es ésta la tesis de Mann? Volveremos sobre ello, pues es necesario conocer algunas otras cosas antes de pronunciarse. En todo caso, si nos remitimos a su declaración precedente tendríamos que postular el carácter epidémico de tal enfermedad —la pereza, el ánimo bohemio—, lo que no parece ser intención del escritor. Si Castorp es un síntoma de la época lo es al modo de todos los síntomas: como excepción a la norma. A cambio, la enfermedad elegida por Mann para emblematizar su análisis de la decadencia de una cultura dista de ser excepcional en el contexto histórico y, sin embargo, trasciende lo puramente coyuntural para convertirse en símbolo. En efecto, aunque todo lo que en la novela está dispuesto para crear un ambiente realista nos ofrece una imagen rotundamente material de la tuberculosis, la propia historia de Hans Castorp, su aventura íntima, está al servicio de esa otra imagen, evanescente, dinámica, casi neumática, en un sentido a la vez amplio y rigurosamente etimológico del término. En otro lugar⁷, he señalado que *La montaña mágica* es una novela que trata del elemento aire, el más inmaterial de todos. La enfermedad elegida por Thomas Mann, sin dejar de pagar su tributo al realismo, pues la tuberculosis era sin duda una plaga más o menos silenciosa a principios del siglo veinte, es también extraordinariamente simbólica. Para el tuberculoso de aquella época lo que estaba claro es que su enfermedad tenía que ver con la respiración, con el aire que circulaba por el interior de su cuerpo, y también con la corrupción que ponían de relieve los esputos y las hemoptisis. Aire corrupto, que quizá ya lo era en el comienzo, antes de pasar a través de los pulmones putrescentes, quizá incluso corresponsable de su putrefacción, como resultado de la contaminación de brumosas urbes industriales⁸, al que hay que oponer otro menos denso, aún más invisible, más sutil, y helado, siendo el frío uno de los atributos de la pureza. De aquí se sigue el prestigio de la cura climática; un prestigio, como puede verse, arraigado mucho más en lo simbólico, en lo cualitativo —sobre todo desde el punto de vista

⁷ MONTIEL, L. (2001), La poética del aire. En MONTIEL, L. (Coord.), *Arte y ciencia del aire*, Barcelona, MRA, pp. 11-33 (28-29).

⁸ Al trabar conocimiento con Hans el médico jefe del sanatorio, Dr. Behrens, no deja de poner de relieve —aunque con matices— esta circunstancia: «Es, por otra parte, una institución a la que debemos mucho, esa querida Hamburgo. Gracias a su meteorología, tan alegremente húmeda, nos proporciona cada año un bonito contingente» (51). Apenas hace falta señalar que la gran ciudad portuaria, en uno de cuyos astilleros debería estar trabajando Hans Castorp, no es el único lugar «alegremente húmedo» de la Alemania septentrional. Aunque la frase podría tener otro sentido si se considera que el mismo Behrens hablará de «lugares húmedos» cuando se refiera a lesiones tuberculosas activas en los pulmones de sus pacientes...

ideal— que en lo material. Pues bien: en ningún momento, a lo largo de los siete años —cifra mágica— que Hans pasa en el sanatorio, se nos aporta la menor prueba de que una corrupción semejante esté presente en su organismo.

Aceptemos, pues, provisionalmente, que Hans Castorp se queda en «la montaña mágica», como ha quedado señalado, por pereza. Pero se trata de una pereza activa, si así puede decirse, pues desde el primer momento manifiesta una extraordinaria curiosidad dirigida hacia todo lo que le rodea, que comienza, desde luego, por lo puramente anecdótico. Aunque esto, ¿es realmente así? Si bien se mira, «lo anecdótico» de semejante ambiente resulta altamente provocativo, pues es la manifestación de que se puede vivir de otro modo; existen otras reglas que permiten hablar de la sociedad de los sanos como de un mundo diferente: «allá abajo», como dicen, inadvertidamente, todos los pensionistas y como el propio Hans aprenderá a decir muy pronto, sin siquiera proponérselo. Así pues, no hay una manera única, dogmática, de vivir. Y ésta que acaba de descubrir tiene para él un interés especial: un interés filosófico; pues es motivo de *thaumazein*, de ese asombro que, como advirtió Platón, mueve a la pregunta y por ello está en el origen de la filosofía. La mera comprobación de que puede haber otra forma de vida, aunque morbosa y en ocasiones ridícula, si se quiere, deja en nada el calificativo de «absoluto» que acabamos de ver empleado por Thomas Mann al hablar del valor del trabajo entendido como rasgo altamente representativo de una cultura, y en este sentido, susceptible de ser proyectado sobre la cultura en su conjunto. ¿Realmente existen valores absolutos? O, si se prefiere, ¿son verdaderamente absolutos todos los valores que pasan por tales? Las nuevas experiencias de Castorp, incluso las más insulsas, son, pues, filosóficas en tanto que antidogmáticas.

En ese ambiente puede comenzar a enfrentarse, más temprano que tarde, con su homosexualidad latente, reflejo de la de su autor, hasta llegar a reconocerla como una de las causas de su presente situación. Entiéndaseme —entiéndasenos a Mann y a mí— bien: no se trata de sostener que la homosexualidad sea algo morboso, sino que las trabas puestas a su reconocimiento por los condicionamientos sociales y culturales terminan dejando su huella. En este sentido se pronuncia en una importante conversación con su amada inasible —por razones clarísimas no puede decirse en este caso «platónica»⁹— Clawdia Chauchat, a la que no ha dejado de identificar en un nivel simbólico con un amor adolescente, su compañero de colegio Privislab Hippe¹⁰:

Yo ya te conocí, antiguamente, a ti y a tus ojos maravillosamente oblicuos, y a tu boca, y la voz con la que me hablas; una vez, cuando era colegial, te pedí tu lápiz para

⁹ Pues lo carnal está continuamente presente en su enamoramiento, y además con una orientación peligrosamente mórbida.

¹⁰ Figura en la que es fácil reconocer al objeto de deseo del estudiante Thomas Mann, su discípulo Williram Timpe. Cfr. KURZKE, H. (2004), *Thomas Mann. La vida como obra de arte*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 46-47.

entablar contigo una relación social, pues te amaba irracionalmente, y es desde entonces, sin duda, es de mi antiguo amor por ti de donde me vienen estas marcas que Behrens ha encontrado en mi cuerpo y que indican que ya entonces estaba enfermo (348).

Si puede decir algo así es, desde luego, y en primer término, porque su larga experiencia en la «montaña mágica» le ha puesto en disposición de hacerlo; pero uno de los instrumentos que este feérico entorno ha puesto a su disposición es el psicoanálisis, en el que Hans ha encontrado el lenguaje que le permite poder verbalizar de este modo su descubrimiento. Tiempo atrás, cuando aún no pensaba que podría quedarse en el sanatorio casi *sine die*, asistió por puro pasatiempo a una de las conferencias quincenales impartidas por el doctor Krokovski. Nada puede echarse en cara al joven desde el punto de vista de su intención, pues la presencia del psicoanalista en el sanatorio antituberculoso parece obedecer a un afán puramente propagandístico, y la inclusión en el programa de actividades del «tratamiento psíquico según los principios más modernos» (138) no obedece, en modo alguno, a la creencia por parte de la dirección de que el psiquismo tenga algo que ver con la tuberculosis. El propio Castorp aprende enseguida que las conferencias de Krokovski apenas tienen más valor que los conciertos, también quincenales, de la banda de música de Davos.

Pues bien: en una de estas conferencias, a la que asiste por pura casualidad, aunque en circunstancias que debemos considerar singularmente propicias, Hans escucha decir al médico que «el amor no admitido y rechazado» aparece más tarde «bajo la forma de la enfermedad», idea de donde extrae la conclusión de que «toda enfermedad era amor metamorfoseado» (135-136). Las circunstancias a las que me refiero son, por orden cronológico, la reminiscencia de la inclinación homosexual adolescente a la que acabo de hacer mención y la contemplación, de innegable signo erótico, de la figura de Clawdia Chauchat, cuyo rostro le recuerda al del amigo perdido y que desempeñará un papel insustituible en la evolución espiritual del protagonista.

De este modo, el «nuevo orden» establecido por la enfermedad, que Hans ha aceptado como jugando —pues aún se cree un mero visitante en esta montaña encantada— ha puesto en marcha un proceso de curación que bien podemos llamar psicoanalítico, aunque con algunas licencias. Por otra parte, también el representante de este nuevo pensamiento se toma alguna licencia que otra; sin ir más lejos, la abusiva generalización con la que, a modo de corolario, concluye su conferencia: «toda enfermedad [es] una metamorfosis del amor» (136). ¿Pretende tal vez el escritor criticar irónicamente, a través de la estilizada figura de Krokovski, el carácter dogmático de la teoría sexual de Freud?

EL DESMEMBRAMIENTO DEL ALMA.

Comencemos, para dar respuesta a la pregunta, por esa exagerada estilización del personaje. Mann nos lo presenta invariablemente vestido de negro, lo que resalta su «palidez casi fosforescente» (20). Su gabinete de trabajo recibe en la novela los nombres de «caverna analítica» (389) y «mazmorra analítica» (696), y Joachim, sin duda haciéndose eco de la opinión de otros pacientes, traduce al alemán el sustantivo que nombra su quehacer —psicoanálisis— como *Seelenzergliederung* (13), «análisis» —o descomposición, o anatomía, o disección— del alma. Reconociendo el innegable mérito que tiene la empresa de traducir *Der Zauberberg* —mérito al que debo, sin ir más lejos, el don de haberla podido leer en mi adolescencia sin saber alemán— no puedo sentirme muy feliz con la traducción de este término a nuestra lengua. Tanto en la antigua —y por la razón citada muy querida— traducción de Mario Verdaguer como en la reciente de Isabel García Adánez se vierte como «disección psíquica». No es mala elección, en cuanto parece sugerir una cierta dependencia, que se revela en la propia terminología, respecto de la medicina «materialista», y que sin duda alude al problema de la legitimación del psicoanálisis. Por otra parte, no dudo que esta idea pudiera estar presente en el ánimo del escritor. Pero la palabreja manniana está cargada de otras resonancias —a las que, sin duda, sólo podría hacer justicia una muy prolija edición crítica, ilegible por el lector común— que son de interés en un contexto como el presente. En primer lugar, al traducir «análisis» —o *Analyse*, en el *terminus technicus* «*Psychoanalyse*»— por «*Zergliederung*» el lector cae en la cuenta que el análisis no es sin más un proceder inocuo, salvaguardado por todos los prestigios de la terminología científica y, en este caso, filosófica: el análisis implica una violencia, una destrucción, y en consecuencia puede ser cuando menos doloroso. La disección se practica sobre cadáveres; pero hay al menos dos modos de *Zergliederung*, de «desmembramiento» —que es lo que etimológicamente significa el vocablo— del cuerpo que pueden producirse *in vivo*: ese otro género anatómico denominado «vivisección», y la tortura, eternamente asociados entre sí y con la investigación biológica desde que Goethe pronunció su muy citada frase contra determinada ciencia experimental, según la cual «la naturaleza calla en el potro del tormento». En segundo lugar traducir *Seele* por cualquier vocablo que no sea «alma» resulta lamentablemente limitado, cuando no rigurosamente traidor —*traduttore, traditore*—. «Disección psíquica», en la medida en que «psíquico» se ha convertido en un término técnico, sugiere imágenes mucho más soportables que «disección del alma». Y por cierto que, en el caso del psicoanálisis, la operación realizada sobre el alma se parece bien poco a una disección, dado que el alma no está muerta, sino más bien a una vivisección o aun un desmembramiento como aquellos que se practicaban entre nosotros todavía en el siglo XVII¹¹.

¹¹ El lector puede, a título de ejemplo, repasar los detalles de la ejecución del regicida Damiani en FOUCAULT, M. (1978), *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, pp. 11-13.

A lo largo de la novela las referencias a las personas, frecuentemente mujeres, que acuden a la consulta del psicoanalista están coloreadas con los tintes de lo secreto, de lo casi prohibido, tal vez en parte por esa connotación erótica tan temprana y taxativamente postulada, pero por lo mismo presentando un cierto carácter de efracción. El lector casi tiene la impresión de estar contemplando actitudes infantiles, y sin duda es intención del autor que así sea, lo cual no deja en muy buen lugar a algunos de los usuarios —empleo el término deliberadamente— del auroral psicoanálisis¹². Si a esto se añade que la última «proeza» de Krovovski consiste en una sesión de espiritismo en la que se convoca a Joachim, el difunto primo de Hans Castorp, por cuya causa ascendió éste años atrás a la montaña mágica, parece que el psicoanálisis no sale muy bien parado.

Pero ante una obra de estas características el lector no puede quedarse en la superficie. En primer lugar, lo que en ese momento hace Krovovski no puede en modo alguno llamarse psicoanálisis, por más que quien lo haga se llame psicoanalista. Tiende a pensarse, y no sin razón, que en tal ocasión Thomas Mann tiene mucho más presente al «disidente» Carl Gustav Jung que al «padre fundador». De hecho el propio Jung cita en su autobiografía una conversación con su maestro sostenida en los momentos previos a su definitiva ruptura, que no me resisto a transcribir:

Recuerdo todavía muy vivamente cómo me dijo Freud: «Mi querido Jung, prométeme que nunca desechará la teoría sexual. ¡Es lo más importante de todo! Vea usted, debemos hacer de ello un dogma, un bastión inexpugnable». Me dijo eso apasionadamente y en un tono como si un padre dijera: «¡Prométeme, mi querido hijo, ¡que todos los domingos irás a misa!». Algo extrañado le pregunté: «Un bastión, ¿contra qué? A lo que respondió: «¡Contra la negra avalancha del...» Vaciló un instante, y añadió: «... del ocultismo!»¹³.

Pero aunque Jung empezó, si así puede decirse, por el ocultismo, ello fue por razones «técnicas»: ¿qué opción más sencilla podía presentársele para redactar una tesis doctoral «de las de entonces», que intentar analizar a la luz de la psicología de comienzos de siglo las vivencias mediumnísticas de una prima suya¹⁴? Por otra parte, aunque a lo largo de su vida no hizo ascos al estudio de cualquier manifestación de lo psíquico por dudosa que fuese su procedencia, no creo que hoy nadie en su sano juicio pueda calificar a Jung de ocultista, aunque reconozco que, por desgracia, hay unos cuantos entre sus seguidores. Por otra parte, el más reciente biógrafo de Thomas Mann, Hermann Kurzke, valora de manera bastante crítica la actitud del escri-

¹² Y no sólo del auroral, podríamos añadir: Woody Allen *dixit*.

¹³ JUNG, C. G. (1986), *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Ed. por Aniela Jaffé. Barcelona, Seix Barral, p. 160.

¹⁴ JUNG, C. G. (1999), *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos*. En JUNG, C. G., *Obra Completa, I*, Madrid, Trotta, pp. 1-92.

tor hacia los «fenómenos ocultos»¹⁵, lo que parece indicar que habría que pensar tanto o más en el propio Thomas Mann que en su criatura a la hora de valorar este equívoco fragmento. Pero no hay por qué lamentarse de su existencia, pues, por la evocación de la figura de Jung —y en mi caso, del testimonio de éste que acabo de citar— nos sitúa ante dos de los riesgos, probablemente los más señalados, a que tiene que hacer frente el psicoanálisis. El primero, del que ya se ha hecho mención, la conversión de la teoría sexual en «dogma»; el segundo, la deriva de su discurso hacia los territorios de la creencia, hasta caer en la superstición. Dos riesgos que comparten un mismo criterio de medida: la racionalidad, y si se quiere, la racionalidad científica, al menos en un sentido lato. No seré yo —ni creo que Mann estuviera en esa tesitura— quien reclame al psicoanálisis una «cientificidad» semejante a la que puede exigirse a la astronomía. Pero sí hay que esperar de él que vuelva resueltamente la espalda a todo lo que resulte dogmático y criptorreligioso. De hecho, probablemente lo único en lo que coinciden religión y superstición, y lo que atestigua su pertenencia a un mismo tronco, es la creencia en verdades absolutas, ahistóricas. De manera que en la cita de Jung, así como en la figura de Krokovski, ambas actitudes aparecen como las bandas extremas de un mismo espectro.

Sin embargo, la actitud final de Thomas Mann hacia el psicoanálisis dista de ser negativa. Simplemente le reconoce, como a todo lo que es importante en la vida, un carácter ambiguo: por un lado es «favorable a la acción y al progreso» y por otro está «emparentado a la tumba y a su sospechosa anatomía» (412). Pero quizá precisamente por esto último sea por lo que puede resultar también lo primero. Más tarde, en su tetralogía de ambiente mítico *José y sus hermanos* Mann convertirá en *Leitmotiv* la idea de que es preciso morir para renacer a una nueva vida, lo cual, por otra parte, no debe resultar especialmente extraño para un alemán, incluso para un europeo ilustrado que conozca la frase de Goethe que reza: *Stirb und werde!* (¡Muere y transfórmate!). En otro lugar recogí, hace ya mucho tiempo¹⁶, la imagen que la noción de *Seelenzergliederung* me evocaba, la del desollamiento del sátiro Marsias por Apolo, o más exactamente el valor simbólico que se atribuyó a esta imagen en el neoplatonismo italiano renacentista: sólo a través de un sufrimiento extremo se puede aspirar a un auténtico cambio en la propia manera de vivir. La criatura mitad hombre, mitad bestia —el sátiro— debe ser despellejado vivo por el dios de la claridad para acceder a un estado superior; pero la obra del luminoso Apolo se parece mucho a un sacrificio dionisiaco...

EL AUTÉNTICO MUNDO MEJOR.

¹⁵ KURZKE, H. (2004), pp. 361-369.

¹⁶ MONTIEL, L. (1981), El psicoanálisis en *La montaña mágica*, *Actas del XVII Congreso Internacional de Historia de la Medicina, I*, Barcelona, Acadèmia de Ciències Mèdiques de Catalunya i Balears, pp. 116-120 (117).

No es casual que esa misma pareja, entronizada por Nietzsche en la historia de nuestra cultura, gobierne la escena simbólica central de *La montaña mágica*, el sueño de Hans Castorp perdido en la nieve, un sueño griego y nietzscheano en el que se le manifiestan las dos caras de la existencia, lo apolíneo y lo dionisiaco, que está a punto de costarle la vida, pues de continuar habría podido llevarle a la muerte por congelación. A cambio, lo que en esa situación extrema —pero vivida de forma no especialmente dramática— consigue el protagonista es llegar al descubrimiento fundamental de su existencia: que lo erróneo por antonomasia, lo hostil a la vida —sobre todo a la vida *humana*— es la unilateralidad, y que lo único que garantiza la salud, en el más ambicioso y bello sentido del término, es «el señorío sobre los antagonismos» (522). En cierto sentido, Hans Castorp se cura de su enfermedad íntima. Sólo en cierto sentido, pues lo que su peripecia tiene de análisis de la cultura —que es mucho— no permite un *happy end* al modo de Hollywood; no en vano ha surgido la novela entre los desgarramientos de la primera guerra mundial. Pero al menos Hans es el único personaje que abandona voluntariamente la montaña mágica, y si lo hace es porque ese entorno hermético ya le ha dado todo lo que podía darle, donación emblemática en ese «señorío sobre los antagonismos». Y ¿qué significa esto, sino una nueva integración de lo desmembrado? No una reintegración, no: una nueva integración. El «simple» (*einfa cher*) Hans Castorp de la primera línea del relato¹⁷ ha tenido que verse desmembrado en la ignorada multiplicidad de su alma para poder renacer de otra manera. *Stirb und werde*. Cuando, años más tarde, su creador se ocupe del psicoanálisis en otro contexto —una conferencia y un ensayo sobre Freud y su obra¹⁸— su preocupación principal será deslindar la reivindicación freudiana de lo inconsciente y lo irracional de la que, a la sazón, realizan los nazis en ascenso. Para él, el criterio decisivo es que los agentes de la peste parda proclaman fanáticamente su adhesión al pasado, mientras que la rememoración psicoanalítica tiene una explícita vocación de futuro: «El principio revolucionario por antonomasia es la voluntad de futuro, lo que Novalis llamaba *el auténtico mundo mejor*. Es el principio que conduce a niveles superiores de desarrollo de la consciencia y del conocimiento. Es el impulso y la voluntad anticipados gracias a la adquisición de la conciencia de lo inconsciente, capaces de destruir los estados de conciencia inseguros y moralmente negativos»¹⁹. El auténtico mundo mejor; la única salud auténtica. En brevisimo esbozo, estos son algunos de los dones que he recibido, que la humanidad ha recibido de Thomas Mann. Por eso creo que mi agradecido recuerdo tiene algún sentido.

¹⁷ «Un joven simple (o sencillo) viajaba en pleno verano...» Así comienza *La montaña mágica*.

¹⁸ «Die Stellung Freuds in der modernen Geistesgeschichte» —El lugar de Freud en la moderna historia del espíritu— (1929) y «Freud und die Zukunft» —Freud y el porvenir— (1936), en *Essays, III*, Hrsg. von Hermann Kurzke, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1978, pp. 153-172 y 173-192.

¹⁹ «Die Stellung Freuds...», pp. 159-160.

